



JAVIER NEGRETE

ODISEA


ESPASA

JAVIER NEGRETE

ODISEA



ESPASA  NARRATIVA

© Javier Negrete, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S. A.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 8.993-2019
ISBN: 978-84-670-5346-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Rotapapel

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

1

Campamento aqueo junto a Troya, año -10

Su plan, el más descabellado de los planes, llevaba mucho tiempo rondando por su mente. Pero sólo empezó a madurar de verdad la noche después de que se celebraran los funerales de Patroclo, cuando comprendió que podía contar con un aliado poderoso. A decir verdad, el más poderoso entre los mortales: Aquiles, el hijo de Peleo.

Aquel día Odiseo había disfrutado dos momentos de gloria y recibido casi al mismo tiempo una terrible profecía. La inquietud no le dejaba dormir y había acabado en la cabaña de Aquiles, compartiendo con él un añoso vino de Quíos acompañado de higos y queso de cabra. Después de conversar de otros asuntos, el hijo de Peleo le dijo:

—Patroclo me ha visitado en sueños.

—¿Otra vez?

—Me ha dado las gracias por su funeral. Me ha pedido que mezcle las cenizas de mis huesos con las suyas cuando muera.

Odiseo asintió.

—Es justo que los amigos reposen juntos.

—También me ha contado algo más —añadió Aquiles.

Al ver que su amigo se quedaba mirando al suelo, reacio a seguir hablando, Odiseo lo animó.

—¿Cuáles han sido las palabras de Patroclo? Compártelas conmigo, hijo de Peleo.

—Es un mensaje acerca de los dioses.

«Siempre son los dioses», se dijo Odiseo con un suspiro, aguardando a que acabara aquella nueva pausa.

—Han decidido aniquilarnos —prosiguió Aquiles.

Odiseo enarcó las cejas. Incluso él, que esperaba cualquier mal procedente de los dioses, estaba sorprendido.

—¿A quiénes? ¿A nosotros, los aqueos?

Sin responder, Aquiles tomó la jarra y sirvió más vino a Odiseo. La copa de plata labrada lo representaba a él mismo con una lanza dando muerte a un león. La escena no plasmaba la ficción de un orfebre adulador, como era el caso del cáliz de oro que Agamenón gustaba de exhibir en su tienda de mando. Aquiles había cobrado tantos leones como otro noble habría podido cazar ciervos. Viendo cómo la luz temblorosa de las lamparillas dibujaba profundas sombras en las líneas que tallaban los músculos pétreos de sus brazos, a Odiseo no le resultaba difícil creerlo.

Odiseo contrajo sus propios brazos, como solía hacer, casi sin reparar en ello, cuando estaba con Aquiles. No podía decirse de él que fuera el primero entre los guerreros que habían acudido a Troya, como sí lo era el hijo de Peleo. Pero, en fuerza, Odiseo cedía a pocos aqueos. Por si alguien dudaba del vigor de su brazo, tenía en la tienda el trípode de bronce recién ganado que demostraba que en la lucha no cedía ni ante el gigantesco Áyax.

Aquiles contestó por fin:

—Los dioses quieren aniquilar a los aqueos y a los troyanos. Y también a todos los hombres que habitan sobre la Tierra de ancho seno. —El héroe rechinó los dientes, lo que hizo que los músculos de sus mandíbulas se marcaran bajo sus huesudos pómulos, y repitió—: *A todos*.

Odiseo respiró hondo y bebió un largo trago de vino, revolviéndolo entre la lengua y el paladar sin tan siquiera reparar en su sabor.

Los dioses.

Los malditos dioses.

Si entre los millares de mortales que abarrotaban el campamento aqueo había alguien que entendía de dioses, ese era él. Gracias a Orfeo, el poeta tracio que le había enseñado los versos secretos, Odiseo era el único que podía cerrarles la mente y, aún más, verlos, aunque ellos pretendiesen permanecer invisibles para todos o mostrarse únicamente a algún guerrero.

Por eso, porque los conocía bien, sabía mejor que nadie de lo que eran capaces.

—¿Y qué piensas hacer, hijo de Peleo? —preguntó en tono tentativo.

Antes de responder, Aquiles revolvió los posos del vino con el índice. Para ser el mayor *androphónos*, el más letal matador de hombres del mundo conocido, sus dedos eran asombrosamente finos y suaves.

—Cuando he oído lo que decía Patroclo, he pensado que no quiero morir aquí, bajo los muros de Troya. Aunque lo afirme la profecía. ¿Qué gloria hay en que me mate un troyano? Ninguna. Menos ahora que Héctor ya no mora entre los vivos.

—Llevas razón.

—Si el mismísimo Zeus quiere acabar con Aquiles —añadió el héroe, propinándose una sonora palmada en sus macizos pectorales—, tendrá que acercarse en persona a clavarme en el pecho su rayo. Si es que ese viejo rijoso tiene huevos para ello.

Al oír aquella blasfemia, Odiseo se inclinó adelante sobre la mesita en la que tenían copas y viandas y estudió de cerca los ojos de su amigo. ¿Y si todo era una trampa que le tendían los dioses?

Aquiles tenía las pupilas dilatadas, pero sólo en la medida en que era natural debido a la penumbra que reinaba en la cabaña. Si hubiera un dios agazapado tras sus ojos para espiar la escena, sus pupilas habrían parecido grandes pozos negros sin iris o incluso ranuras de felino.

Odiseo no siempre podía captar la diferencia; todo dependía de la distancia, del ángulo y de la luz. Ahora, sin embargo, estaba seguro. En ese momento no había ninguna deidad presente en la cabaña. Estaban solos. Él y el hijo de Peleo.

Miró de reojo a su izquierda. En realidad, había alguien más. Al otro lado de la estancia dormía Briseida, la muchacha que, sin quererlo, tantos problemas había causado a todos los aqueos. Estaba tumbada boca abajo sobre una piel de oso, aunque con el rostro girado de medio lado de una manera que a Odiseo, a sus años, le habría costado una buena tortícolis al levantarse. Su suave respiración hacía que un rizo negro que caía delante de su boca se moviera al compás de su aliento. Estaba tapada con una manta, pero las lamparillas bañaban de luz dorada buena parte de su espalda y su cadera. Una visión turbadora para Odiseo, que llevaba mucho sin acostarse con una mujer. A decir verdad, desde que lo hiciera con Helena la noche en que se infiltró en Troya para averiguar dónde se encontraba el Paladión.

Aunque la belleza de Briseida no fuera tan arrebatadora como la de Helena, la línea de aquella cadera desnuda, sugerente como una duna del desierto bajo la luna llena, actuaba como un reclamo para sus ojos.

Los apartó para mirar al platillo y coger un higo. Antes de llevárselo a la boca, susurró:

—¿He entendido bien lo que piensas, Aquiles? Dices que no quieres morir bajo los muros de Troya. ¿Significa eso que estarías dispuesto a hacer la guerra contra los mismísimos dioses?

—¿Me lo preguntas a mí?

—A ti te lo pregunto, hijo de Peleo.

—¿No hirió Diomedes a Afrodita y al violento Ares? ¿Acaso no empapó su lanza con el icor de ambos? ¿Es que acaso Aquiles es menos que Diomedes? ¡No pienso extinguirme sin ruido! Si los dioses lo creen, es que no conocen a Aquiles.

Odiseo se acercó más y tomó la mano de Aquiles entre las suyas, que por comparación se veían callosas y surcadas de pequeñas cicatrices. Bajando todavía más la voz, dijo:

—Para guerrear contra los dioses no basta la fuerza, por más que a ti te sobre, Aquiles. Necesitaremos también el engaño.

—Por eso te he contado a ti lo que me ha dicho Patroclo. Porque él me ha pedido que te lo transmita, pero también porque eres Odiseo, fecundo en ardid.

Odiseo se retrepó en el asiento y mordisqueó el higo, pensativo.

¿Hacer la guerra contra los dioses?

¿Por qué no? ¿Qué podían arriesgar, sino la muerte? Al fin y al cabo, como humanos que eran ya venían muertos al mundo.

Tal vez el sueño de Aquiles había llegado por la puerta de marfil y no por la de cuerno. Pero, incluso si se trataba de un engaño, Odiseo tenía sus propias cuentas pendientes con los dioses.

Y sobre todo con una.

Con su protectora, Atenea, la deidad guerrera de ojos de lechuza. La poderosa diosa de la que había jurado vengarse.

2

Ítaca, año -45

Él no había elegido a su patrona.

Los mortales nunca eligen a los dioses. Son ellos quienes escogen a los hombres con los que quieren jugar para entretener el aburrimiento de su existencia eterna y prácticamente inmutable.

Desde que podía recordar, Odiseo había escuchado voces dentro de su cabeza que le aconsejaban o incluso le ordenaban lo que tenía que hacer cuando se encontraba indeciso.

—¿Eres tú quien me habla? —le preguntó a su madre, Anticlea, cuando tenía siete años, porque la mayoría de esas voces le sonaban femeninas.

—No, hijo mío. Yo soy una simple mortal, no una diosa ni un alma del Hades. ¿Es que quienes se dirigen a ti nunca te revelan sus nombres?

—No, madre.

Anticlea bajó la voz para decirle:

—A mí me habla a veces mi abuela, Eurínome. Y siempre me da sabios consejos. Así que tú obedece lo que te digan tus voces, que será lo mejor para ti.

—No entiendo por qué me tienen que hablar.

—Si no te hablaran las voces, ¿cómo ibas a saber lo que tienes que hacer cuando ni tu padre ni yo estamos delante para decírtelo?

Incluso a su corta edad, a Odiseo se le escapaba la lógica de aquel argumento. ¿Para qué necesitaba esas voces?

Con el tiempo comprendería que muy pocos mortales razonaban como él.

—¿Y por qué me lo tienen que decir? —se obstinó—. Cuando estoy solo ya sé lo que debo hacer.

—Pero ¿cómo lo vas a saber? ¿Charlando contigo mismo, fingiendo que tienes dos voces? ¡Vaya ocurrencia, hijo! ¡Y a tus años!

Odiseo estuvo a punto de alegrar que a él le gustaba hablar consigo mismo; pero el gesto de su madre tocándose la sien parecía dejar claro que tal actitud era de lunáticos, de modo que bajó la barbilla y no respondió.

Lo cierto era que a menudo no le gustaba lo que le sugerían aquellas presencias, intrusas molestas que cuchicheaban, parloteaban o incluso gritaban dentro de su cabeza, al lado de su oído derecho. Él prefería hacer las cosas cuando le apetecía, como seguir jugando en lugar de guardar las ovejas o guardar las ovejas en lugar de seguir jugando. Por pura rebeldía sentía la tentación de oponerse a lo que le decían las voces, incluso aunque a veces le resultaba muy difícil hacerlo, ya que, cuando se apartaba del curso de acción que pretendían imponerle, se le despertaba un dolor de cabeza tan fuerte que llegaba a vomitar.

Eres testarudo, hijo de Anticlea —le decía la voz femenina que más se repetía en su cabeza, la más calmada y serena de todas, y también la más imperiosa—. *En parte me gustas por eso, pero no creas que está en tu mano desobedecerme. No a mí, Odiseo. Lo aceptarás o lo aprenderás por la fuerza.*

En cierto momento, que él mismo no supo precisar, en torno a los diez años, el coro interior quedó reducido a un solo miembro: aquella mujer de voz limpia y modulada, pero fría, que de alguna manera consiguió expulsar a todas las demás presencias que intentaban hacerse hueco dentro de Odiseo.

Ya de muchacho tenía claro que no se trataba de una mujer mortal, antepasada o no, ni tampoco de un numen inferior, como una dríade o una ninfa de las aguas. Aquella voz irradiaba poder en cada palabra. Un inmenso poder apenas contenido que Odiseo notaba como una sutil vibración que recorría todos sus miembros. Sólo podía ser una diosa y, acaso, de las grandes.

Es un gran privilegio el tuyo —le decía la voz—. *Pero un gran privilegio acarrea también una gran responsabilidad. Pronto lo descubrirás.*

Poco después de aquello, llegó a la isla un jovencísimo aedo. No debía de haber cumplido ni veinte años, pero la gente ya pregona-ba sus maravillas. Una tarde, poco antes de oscurecer, cantó en el

mégaron del palacio de Laertes. El salón se llenó de gente que lo escuchaba arrobada. Las notas que brotaban de su cítara eran tan dulces que incluso los perros levantaban las orejas para escucharlas, y hasta las moscas habían dejado de zumbar alrededor de la carne.

El aedo les cantó primero sobre los amoríos de Zeus con Dánae, la madre de Perseo, y con Alcmena, de quien había engendrado a Heracles. A continuación narró con voz vibrante la lucha del rey de los dioses contra el monstruo Tifón, que estuvo a punto de derrotarlo, un relato que hizo contener el aliento a todos. Después, para rebajar la tensión, cantó en un metro más ligero los cómicos apuros de Hefesto, el dios herrero, que había nacido de Hera —«Sólo de Hera sin acostarse con varón»—, y que había salido tan feo que su madre lo arrojó fuera del Olimpo, por lo que la larguísima caída dejó al dios cojo de por vida.

Cuando la audiencia dejó de reírse de las desgracias del pobre Hefesto, incluidos los cuernos con los que lo habían adornado su esposa Afrodita y su hermanastro Ares, el aedo anunció que iba a interpretar por primera vez ante aquel magnífico público un poema que acababa de componer.

—Lo llamo «Las edades».

Odiseo, demasiado pequeño para sentarse cerca del hogar con los mayores, escuchaba de pie apoyado en una columna, al lado de Medón. Tan extasiado como los demás por la voz del joven, al principio casi ni captó lo que decía. Después se dio cuenta de que hablaba de una edad de oro en que los hombres pasaban la vida sin preocupaciones ni dolores, en que se mezclaban con los dioses libremente y no tenían por qué escuchar sus órdenes para ser felices.

—«Vivían rodeados de todos los bienes, ociosos y sin luchas. Y en aquel que fue el más feliz de los tiempos reinaba el mejor de los gobernantes: Cronos el benévolo, Cronos el sabio, Cronos el durmiente. Cuando despierte el durmiente, la edad de oro regresará...».

—¡Detén tu canto, aedo! —exclamó Laertes, que se había puesto en pie y acababa de poner la mano sobre las cuerdas de la lira para apagar su sonido—. Por dulce que sea tu voz, toma tu lira y márchate de aquí. ¡Que no se vuelva a oír en Ítaca otra blasfemia como esta! ¡No hay otro señor del Olimpo que Zeus, ni un gobernante más justo y sabio que él!

Odiseo estaba lo bastante cerca de su padre para ver que sus pupilas habían crecido hasta devorar sus iris, algo que con el tiempo aprendería a interpretar como señal de posesión divina. Todo el mundo había quedado en silencio ante el exabrupto del rey. El aedo agachó la cabeza, guardó su cítara en una funda de cuero y, sin recoger tan siquiera los regalos que le habían dejado junto a su asiento, se apresuró a salir de la sala.

La voz que hablaba a Odiseo susurró en su mente: *Ve y pregúntale quién es.*

Odiseo corrió detrás de aquel joven y lo alcanzó antes de que saliera por la puerta del muro exterior. Tirándole del manto, le dijo:

—¡Espera, señor, espera!

El aedo se volvió hacia él. No parecía demasiado afectado por que Laertes lo hubiera echado con cajas destempladas. Al contrario que la mayoría de los varones a los que conocía Odiseo, tenía las mejillas afeitadas, lisas como las de una doncella. Sonrió indulgente, lo que hizo que se le marcara más el hoyuelo del mentón.

—Soy un poco joven para que me llames «señor». ¿Qué quieres, Odiseo?

—¿Te has aprendido mi nombre?

—Parte de mi oficio es escucharlo y memorizarlo todo. ¿Qué deseas de mí?

—Saber el tuyo.

El aedo le revolvió el pelo, pero suavemente, no como algunos adultos, que lo hacían con tanta fuerza que más que un gesto cariñoso parecía un castigo.

—Mi nombre es Orfeo.

Agachándose, el aedo agarró la barbilla de Odiseo y se acercó para mirarle los ojos muy de cerca, como si buscara una sortija caída dentro de un pozo.

—Ahora no hay nadie escuchando, aunque lo habrá —dijo Orfeo. Enderezándose, añadió—: No importa, joven Odiseo. Algún día, cuando quieras dejar de oír las voces, ven a buscarme.

—¿Dónde deberé buscarte, señ... Orfeo?

—Por mi propia seguridad, no te lo puedo decir. Pero sé que cuando crezcas serás un hombre de recursos. Tú me encontrarás.

—¿Y para qué habré de buscarte?

—Para que te dé el don más preciado que puede recibir un hombre.

Sin decir nada más, el aedo cruzó la puerta. Odiseo no se atrevió a salir del recinto de palacio y le gritó desde dentro:

—¿Cuál es ese don, Orfeo?

El joven se volvió, se puso la mano a un lado de la cara para taparse a medias y, sin proferir un sonido, vocalizó con los labios de forma tan exagerada que Odiseo supo cuál era la palabra que no quería que nadie escuchara.

Libertad.

3

Parnaso, año -40

La identidad de la diosa cuya voz se había convertido en la única se le reveló finalmente cuando tenía doce años. Era la primera vez que Odiseo y su hermano Medón abandonaban Ítaca. Una pentecontera de cincuenta remos los llevó hasta el interior del golfo de Corinto. Tras desembarcar en la ciudad de Cipariso, en la orilla norte, caminaron hasta el pie del monte Parnaso, acompañados por una pequeña comitiva, para visitar a su abuelo Autólico. Era este un personaje del que Odiseo había oído hablar mucho, y casi nada para bien: misántropo, mentiroso, sacrílego o ladrón eran los epítetos más frecuentes que le dedicaban. Como muestra de lo poco que apreciaba al género humano, era él quien le había puesto el nombre a Odiseo cuando, siendo un recién nacido, el ama Euriclea se lo plantó en las rodillas y le dijo:

—Piensa, Autólico, qué nombre darás a este nieto que te acaba de dar tu hija.

Autólico había esbozado una sonrisa maliciosa antes de contestar.

—Llevo aguantando el odio* de hombres y mujeres desde hace infinidad de años...

«Con buenos motivos», solía añadir Euriclea al narrarle la anécdota a Odiseo.

—... así que, como me odian tanto, que Odiseo sea el nombre de este varón. De ese modo comprenderá que el odio es la fuerza que mueve el mundo.

* *Odyssámenos* en griego.

—¿Es que quieres atraer sobre él la ira de los dioses? —le preguntó Euriclea, que no se mordía la lengua pese a ser una criada.

—Me has preguntado y obedecerás, mujer, como obedecerán mi yerno y mi hija —respondió Autólico de malas maneras—. No te preocupes por su futuro. Que cuando crezca me visite en el Parnaso, que yo le daré tales regalos que volverá a Ítaca contento y siendo un hombre de provecho.

Muchos años después, Odiseo no sabría afirmar si había vuelto de aquella visita convertido en un hombre de provecho, pero desde luego el que regresó a Ítaca no era el mismo que había viajado al Parnaso.

¡El Parnaso! En Ítaca tenían el monte Nérito, que se asomaba al mar en la costa norte. A Odiseo, se lo prohibieran las voces o no, le encantaba escapar allí para trepar hasta lo más alto y otear la lejanía. Desde muy pronto soñaba con viajar lejos de los confines de aquella isla tan pequeña, e incluso se imaginaba que si saltaba desde aquel peñasco remontaría el vuelo justo antes de estrellarse contra las rompientes y se deslizaría sobre las olas como Hermes el de las sandalias aladas. A veces la tentación de arrojar al vacío era tan grande que él mismo se asustaba y retrocedía con el corazón desbocado.

Sí, el Nérito siempre le había parecido impresionante; pero el Parnaso, que conservaba todavía nieves del invierno en su cima, era diez veces más alto. A Odiseo no le extrañó que las Musas, hijas de Zeus y Mnemósine, diosa de la memoria, hubieran elegido aquella montaña espectacular como su morada para estar más cerca del cielo.

El palacio de Autólico era tan frío y severo como su dueño. Se levantaba en un calvero gris en la ladera del monte, construido con bloques de piedra labrada sin blanquear. Por dentro, la única decoración del salón era el hollín que las llamas del hogar llevaban depositando en las paredes desde hacía generaciones. En aquella estancia los recibieron el propio Autólico, un hombre seco y duro como un sarmiento, y sus dos hijos, dos tipos de mirada y frente huidizas y de mandíbulas tan estrechas que los dientes les brotaban torcidos como parras sembradas al tresbolillo. Ambos eran más jóvenes que la madre de Odiseo y, saltaba a la vista, tenían muchas menos luces que ella.

Al menos, aunque el lugar fuera deprimente, en la cena no faltó jugosa carne de buey espetada y asada sobre las brasas del hogar.

La única que trató a los recién llegados con cariño fue su abuela Anfitea, que los llenó de besos hasta que Autólico acabó apartándola de sus nietos.

—Vas a echarlos a perder si sigues mimándolos. ¡Mañana demostrarán si son hombres de verdad!

Al oír aquellas palabras, Medón miró a Odiseo con preocupación.

—¿Qué nos va a pasar? —preguntó a su hermano, bajando la voz.

—Tranquilo. Yo estaré contigo —respondió Odiseo, apretándole el hombro, duro como una piedra.

Su hermano, un año mayor que él, le sacaba un palmo de estatura y casi dos de ancho, y apuntaba a que todavía crecería mucho más en todas las direcciones. A pesar de su ventaja en edad y en corpulencia, siempre era Odiseo quien tenía que protegerlo. A todos los efectos, era él quien actuaba como primogénito.

Si los tíos de Odiseo mostraban las luces de sendas lamparillas de aceite, las del pobre Medón eran como mucho las que pueden colarse al atardecer por la rendija mal cerrada de un postigo. Cualquiera mínimo esfuerzo intelectual hacía que se le enrojecieran las mejillas, lo que, sumado al grosor de sus mofletes y a la simpleza de sus palabras, lo hacía parecer un bebé gigante. Cuando eran más pequeños, Odiseo a menudo se burlaba de él aprovechándose de su ingenuidad. Uno de sus juegos favoritos era fingir que se llamaba *Outis*, «Nadie», y contarle historias fantásticas protagonizadas por ese personaje; historias que Medón se acababa creyendo hasta tal punto que incluso aceptaba aquel nombre absurdo. Después, Odiseo le propinaba una colleja y salía corriendo, y cuando Medón corría a quejarse —«¡Madre, que Nadie me ha pegado!»—, ella invariablemente le contestaba sin levantar la mirada de su labor: «Pues si Nadie te pega, ¿para qué te quejas?».

Con el tiempo, conforme Odiseo fue madurando y dejando cada vez más atrás en raciocinio a su hermano, se había compadecido de él y, en lugar de burlarse, intentaba protegerlo como una leona a sus cachorros.

Durante la cena, su abuelo les explicó cuál iba a ser la prueba que debían superar al día siguiente: cazar un jabalí. Después, mientras desgarraba con dientes lobunos un trozo de carne que él

mismo acababa de apartar de las brasas, se quedó mirando a Medón y comentó:

—Casi será mejor que ese mastuerzo se quede aquí mañana. Los necios son más peligrosos en la caza que en la guerra.

Medón miró alarmado a Odiseo. Este, conociendo bien a su hermano, sabía que la idea de separarse de él en aquel palacio desconocido lo angustiaba más que cualquier otra perspectiva.

No hagas caso a tu abuelo. Insiste en que tu hermano vaya contigo, le ordenó la voz interior.

«Eso pensaba hacer», respondió Odiseo.

Lo has pensado porque lo he pensado yo por ti, no te atribuyas méritos que no te corresponden.

A veces la voz parecía burlarse de él. Odiseo intentó hacerle caso omiso y le dijo a su abuelo que era mejor que Medón los acompañara.

—Pero, si vamos de caza —añadió, bajando la voz—, es preferible que no coja ningún arma.

—En eso estoy de acuerdo —sentenció su abuelo, limpiándose el jugo de la carne de la boca con el dorso de la mano—. Los arcos los carga Hécate y los disparan los idiotas.

Pese a lo que creyera Autólico, si Odiseo había sugerido aquello no era por la torpeza de Medón, sino porque su hermano sentía una irresistible fobia por las armas. Su padre le había propinado muchas azotainas para conseguir que empuñara la lanza o tensara el arco como los dioses mandaban. Laertes pegaba a Odiseo pocas veces, pero con Medón aplicaba la verdasca de olivo con generosidad, hasta que finalmente comprendió que las travesuras de aquel muchacho no eran tales y que no rompía las cosas por mala intención sino por torpeza.

—¿Para qué voy a intentar educar a este hijo, si me ha salido retardado? Menos mal que tengo al otro —se lamentaba. Laertes era un hombre nervioso, quejumbroso y a menudo indeciso, lo que lo hacía débil de carácter. «Demasiados espíritus le hablan a la vez», solía decir la madre de Odiseo, que era quien realmente llevaba las riendas del palacio de Ítaca.